

## VALORES E IMAGENES DE LA ESPAÑA MODERNA EN LAS OBRAS DE LOS MACHADO, LORCA Y JIMENEZ

Los hermanos Machado, Federico García Lorca y Juan Ramón Jiménez simbolizan los valores españoles del s. xx. En la obra poética de Manuel Machado se evoca la soledad de un parque vacío durante una larga noche de contemplación y, como vívido contraste, la presencia encantadora de la Lola de los puertos que enamora a los porteños. Los versos más sobrios de Antonio Machado evocan el pasado clásico de su patria, el Cid, Burgos, el amor, la muerte, la catedral, Dios y España. Durante noches oscuras entre Granada y Sevilla todavía se oye el galope de un caballo solitario que lleva a un jinete a su encuentro fatal. Alegre, el joven coge limones y los echa en las aguas que parecen doradas. El joven representa a la juventud de su país y a la persona de su autor, Federico García Lorca. Más al sur, en Moguer, se crean las obras de Juan Ramón Jiménez, que inmortalizarán siempre nuevos y sencillos Plateros de los campos con sus delicados cuerpos color de plata.

Es el propósito de esta breve presentación trazar la herencia espiritual de los hermanos Machado. Entre los dos crearon una España simbólica tan cohesiva que a veces es difícil distinguir donde empezó el uno y acabó el otro, especialmente en las obras teatrales. Sin duda, sobresale Antonio por su fuerza e intelectualidad. Los otros le igualaron por su análisis, pero él tiene una capacidad tal para la síntesis que su obra sube desde el sentido poético al filosófico, evocando a un Dante moderno. Fue suyo el arte de mover dentro del breve ámbito espacial de un poema desde lo relativo a lo absoluto, plasmando sus ideas hasta que, cual botareles imaginarios, funden lo temporal con lo eterno. Para su hermano Manuel la poesía fue manifestación visual, como la de Lope de Vega, base de interpretación folklórica española, producto de la enseñanza del gran maestro Giner de los Ríos. La poesía de Juan Ramón Jiménez en sus momentos más hondos revela la misma intensidad que la de Antonio. En su obra también se encuentra la musicalidad de Manuel, aunque con mayor fuerza emotiva. Federico García Lorca, otro discípulo de Giner, basó su poesía y su drama en las fuentes históricas de España, pero son suyos los matices del ocaso de Granada, el heroísmo y ardor de los protagonistas y los ecos del cante hondo.

Muy parecido a García Lorca, folklorista por ambiente y tradición, andaluz por su alegre sentido del vivir, madrileño por su gusto para las mujeres, Manuel Machado fue el más parnasiano de los poetas de su tiempo, discípulo a la vez de Giner y de Rubén Darío. El y Lorca comparten una fuerza vital: la Lola. En su poema de cante hondo, *Balcón*, don Federico presenta a la Lola rodeada de barberillos y toreritos, cantando saetas y siguiendo el ritmo de su canción con movimientos de la cabeza. A la muchacha rodeada de hierbabuena corresponde la mujer que presenta Manuel. *La Lola en los puertos* es personaje de poesía, de canción y de pieza teatral folklórica.

«La Lola,  
La Lola se va a los puertos,  
La Lola se queda sola.»

¿Quién será esta Lola, sueño del navegante, sin la cual no hay vida en la isla de San Fernando? Fue la Lola símbolo del atractivo de la mujer de aquellos días, ser erótico y misterioso, producto de una fértil cooperación entre los dos hermanos. Parece que la idea fuera de Antonio, pero poco importa, porque él y Manuel incorporan la misma tradición y geografía emotiva. La Lola es la tradición porteña, quizás serrana, quizás granadina, es el sur en las entrañas.

«Todo el canto de Levante,  
todo el cante de las minas,  
todo el cante.»

Es interesante contrastar al Manuel primaveril, alegre y mujeriego con el de *Otoño*, que parecido a un personaje de Kafka, encerrado con sus sueños, se queja de la costumbre española de cerrar los parques:

«En el parque viejo, solo  
me han dejado.»

Se queda así, solo, sin meta, enajenado por la ciudad indiferente. Como los antihéroes de Carmen Laforet, se siente en aquel momento parte de la nada universal:

«Nada sé,  
nada quiero,  
nada espero,  
nada.»

Este parque representa no sólo la soledad del autor, sino también la de su patria, en aquella época para un escritor que por un breve momento se cree en el otoño de su productividad:

«Solo en el parque me han dejado,  
olvidado...  
y han cerrado.»

Para Manuel tales momentos son raros. En *Cantares* presenta atracciones andaluzas «vino, sentimientos, guitarra y poesía... quien dice cantares, dice Andalucía». El secreto de los moros que Manuel posee es el de saber vivir y sufrir a la vez, el de cantar y tocar la guitarra hasta que no tenga más notas. Suyos son los cielos tranquilos y los campos de oro, suyo al pasar por Castilla es el Cid Campeador, quien cabalga hacia el destierro y suya es la dulce muchacha que se atreve a decirle:

«Idos, el cielo os colme de venturas.  
¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!»

Así la poesía de Manuel tiene sus raíces en la tradición morisca. En *Adelfos* el poeta mismo se percibe descendiente de los moros que hechizaron su hermosa Sevilla.

«Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron:  
Soy de la raza mora, vieja amiga del Sol...»

Tiene menos ambición que su hermano Antonio y es su ideal compartir con una bella mujer los placeres de la vida. Hay los que lo encuentran menos hondo que Antonio, pero es injusto compararlos porque los dos hermanos representan distintos valores del alma hispana, valores que se integran para formar un mosaico de las costumbres y tradiciones de su país. Durante las noches de luna Manuel pierde su voluntad, es su ideal tenderse sin ilusiones y abandonarse al beso de una mujer. Su alma es sin contornos, su pasión es la de la rosa sin perfume, anhela recibir besos sin devolverlos, carece de respeto y cariño y como muchos hombres de su indole:

«que las olas me traigan y las olas me lleven,  
y que jamás me obliguen el camino a elegir».

El tema dantesco del camino de nuestras vidas se comparte con Antonio en el poema *Caminante son tus huellas*. Antonio percibe nuestro papel como el de exploradores, ni hay camino cual el de las estrellas en la mar. Sigue en busca de valores hispanos, vagando como un perro perdido por los senderos de sus campos en busca de su dirección y de su Dios, porque como admite en *No es verdad, dolor*, lo necesita. Su fe es más profunda que la de Manuel y por eso va sondeando las raíces de España desde sus momentos más tempranos cuando fue país de hidalgos y arrieros, de frailes, de boteros, de tejedores y de rufianes hasta el presente, en que uno de los mayores problemas es la destrucción del ambiente. Es él y somos nosotros, sin darnos cuenta, los Caines que cada día destruimos los bosques y las tierras que más nos encantan.

Es el suyo como un «cántico delle Creature» español. En *A orillas del Duero* Antonio describe las aguas que producen las verdes y fértiles praderas

de los «Campos de Castilla». Castilla forma un «arco de ballesta», una fusión de lo antiguo y lo moderno. El olor de las hierbas montaraces es fuerte como el estilo del poeta, olor de espliego, de salvia, de tomillo y de romero, «mientras sobre los agrios campos caía un sol de fuego». Al vuelo seguro del buitre, descendiente de las leyendas más antiguas del país, se opone, igualmente antigua, la torre castellana de Soria. Más abajo, en esta ballesta de arquero imaginario el Duero del mes de julio «tuerce» siguiendo su camino. Por aquellas partes se encuentran buitres «de anchas alas» que suben «con majestuoso vuelo» hasta los puros cielos azules de su ideal y del nuestro. Se percibe aquí la nobleza de Machado que es la nobleza de España.

Escribe Antonio Sánchez Barbudo:

«El poema empezó con un paseo, con el ascenso por el pedregal a pleno sol. Ya en lo alto el poeta hizo la descripción del paisaje y la meditación sobre el camino de Castilla. Ahora *cuando el sol va declinando* vuelve hacia el pueblo aunque esto en el poema no lo diga. El lejano sonar de las campanas y el recuerdo de *las enlutadas viejas* junto con la descripción anterior del campo nos sitúa donde él está: en las afueras de una ciudad castellana. No hay aquí ninguna fantasía, ninguna evocación del pasado, sólo una realidad presente: Castilla. Mas esta realidad aparece vista, sentida hasta un transfondo de historia»<sup>1</sup>.

Crítico de esta fase de la poesía de Machado es el escritor que tan bien describió el sur de España, el que ideó un pequeño borrico en un minúsculo pueblo y lo fijó en el mapa universal, hasta lograrle el Premio Nobel de Literatura, Juan Ramón Jiménez. Opina Juan Ramón que la obra de Machado tiene tres períodos. El primero es el del modernismo de Rubén Darío, el segundo es el del romanticismo de Bécquer y por el tercero, que es, según él, el más vulgar.

«Antonio es el más exaltado hoy, tras la guerra en España por un grupo de escritores españoles y extranjeros por los dos bandos y ayer por todos los tradicionalistas: el Antonio Machado de Castilla con todos los tópicos literarios y poéticos, encinas, arados, olivos, tipos castizos de mujer y hombre... el Académico de la Real Academia de la Lengua, el demagogo que confunde verso y poesía para sus denuestos, el poeta nacional»<sup>2</sup>.

Es posible que al escribir este breve *Homenaje a Antonio Machado*, Jiménez haya tenido un muy humano momento de celos hacia el poeta nacional, es también probable que haya respetado más a Machado como discípulo que como maestro. Especialmente extraña su crítica porque Juan Ramón también se dedicó a la presentación de una España simbólica, síntesis del pasado y del presente. El también mencionó Castilla en el poema *Otoño*

---

1. *Los poemas de Antonio Machado, los temas, el sentimiento, la expresión*. Editorial Lumen, Barcelona, 1967, pág. 184.

2. *Cuadernos de Literatura*. Fundación de Cultura Universitaria, Editorial Plenitud, Madrid, 1969, pág. 52.

y describió sus campos infinitos en la luz infinita del ocaso. El cariño de Jiménez por los surcos castellanos listos para la semilla se iguala al de su amigo Antonio, a pesar de su crítica.

Los últimos versos de *Octubre* evocan a los Machado por su intensidad:

«Pensé arrancarme el corazón y echarlo,  
pleno de su sentir alto y profundo,  
al ancho surco del terruño tierno,  
a ver si con romperlo y con sembrarlo  
la primavera le mostraba al mundo  
el árbol puro del amor eterno.»

Aquí como en Antonio se encuentran imágenes símbolo en las cuales el autor se identifica con el paisaje, expresando el deseo de hacerse semilla del amor humano y de amor de su tierra. Si es verdad que tales poesías abundan en la literatura castiza, también la enriquecen en sus imágenes evocativas. Si el tercer período de creación de Machado fue, según Jiménez, «el más vulgar» por sus motivos no sólo él se declara dispuesto a vivir con ellos, sino que se prepara a defenderlos hasta el *Viaje definitivo* cuando escribe:

«Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros  
cantando;  
Y se quedará mi huerto, con su verde árbol  
y con su pozo blanco.»

Jiménez canta pozos blancos en vez de fuentes, pero sus temas son muy parecidos a los de los Machado y de García Lorca. Importa poco que las campanas sean de Moguer en vez de ser de Soria o de Granada, el mensaje es el mismo. Le hacen recordar que algún día él volverá nostálgico a visitar esos rincones, exactamente lo que estaba haciendo Antonio buscando a su Leonor, la mujer que había perdido en la flor de su juventud por los campos de Castilla. Los últimos versos de Jiménez son tan parte del paisaje español que si no fueran suyos podrían ser de Machado:

«Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol  
verde, sin pozo blanco,  
sin cielo azul y plácido...  
y se quedarán los pájaros cantando...»

Ambos, Jiménez y Antonio, salieron de España, pero Antonio no pudo vivir sin su país, no pudo aceptar que los pájaros de España cantaran sin él.

En conclusión, a principios del s. xx los principales autores de España nos presentan con una intensa imagen física y espiritual de su patria. La forma difiere, pero el propósito es el mismo, que se hable del cante hondo y del drama de Lorca, de la poesía folklórica o del drama de Manuel Machado,

de los poemas de Antonio Machado o de la obra de Jiménez, inclusive el Platero. Escribe Cesáreo Rodríguez Aguilera que Antonio Machado buscaba «a la manera de Juan de Mairena apuntes para una geografía emotiva de España»<sup>3</sup>. A pesar de la crítica de Jiménez, Antonio Machado forjó la más poderosa imagen de España y de sus tradiciones que nuestro siglo haya producido.

Juan Ramón Jiménez no se dio cuenta de que él y los Machado tenían propósitos tan parecidos, ni entendió que el modernista en Antonio, discípulo de Rubén Darío, estaba buscando la epopeya de su propio país para hacerse su maestro, que la palabra se hacía palabra símbolo, que el lugar se hacía lugar simbólico, que el tiempo se hacía momento simbólico de lo eterno. Con él llegó al zenit el propósito primordial del modernismo, de eternizar lo temporal y dejarlo sin tiempo ni espacio, como síntesis integral de lo que hace el alma de un pueblo. Tampoco se dio cuenta de que el discípulo de Bécquer y de Giner sería un romántico, no sólo en sus sentimientos personales, sino en su reacción hacia la patria que lo engendró. Así es que no hay tres períodos distintos, sino un desarrollo lineal, modernismo, romanticismo y, suma de los dos, simbolismo. Mientras Jiménez lo trata como poeta del s. XIX, es preciso poner a Machado en la vanguardia del s. XX y reconocer la idealización de lo castizo como uno de los puntos de llegada de su poesía. Lo que escribe Leopoldo Luis en su *Antonio Machado, Ejemplo y Lección* puede también aplicarse a los demás poetas de su época:

«Me parece a mí que el gran cambio de un libro a otro se resume en una mutación de términos: en vez de darnos con el paisaje fe de su alma, nos da su alma, fe del paisaje»<sup>4</sup>.

Inagotables son las imágenes simbólicas que los Machado, especialmente Antonio, presentan al lector de sus obras. Si se han juntado Jiménez y Lorca a los dos hermanos es que no se puede escribir de los unos sin mencionar a los otros, pues aun el Premio Nobel conferido a Juan Ramón Jiménez, en 1956, se confirió también a Antonio Machado y a Federico García Lorca<sup>5</sup>. En ellos se honran y se reúnen los símbolos de España del s. XX, así como en Manuel Machado, que los inspiró con su poesía y obra teatral.

DOCTORA F. G. CROWLEY

(Universidad de Southeast, Missouri State,  
Cape Girardeau, Mo., 63701)

3. *Antonio Machado en Baeza*, edición A. P., Barcelona, 1967, pág. 114.

4. Sociedad Española de Librería, Madrid, 1975, pág. 206.

5. ALICE JANE Mc VAN: *Antonio Machado*, Hispanic Society of America, New York, 1959, págs. 89-90.

«The Swedish Academy, awarding the 1956 Nobel Prize for Literature to Juan Ramón Jiménez, announced that it was honoring also, to equal extent, Antonio Machado and Federico García Lorca.»